

## Tribuna

# Los increíbles cuentos de Alfonso Alcalde

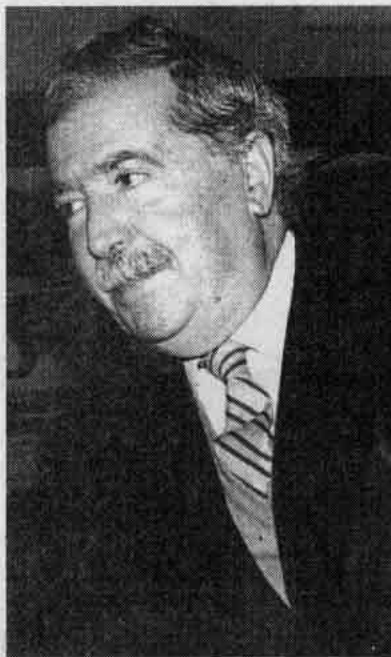
Extraño, o quizás no, pero Alfonso Alcalde no se parecía en absoluto a los personajes de sus cuentos. Ni el menor parentesco con los Salustios o los Trúbicos. A ratos parecía extraído de una novela de José Donoso, por la elegancia de sus maneras. Uno de esos tíos viejos y solitarios consumidores de tacitas de té, que no dejarán un peso a sus parientes. Si es que se mueren antes que ellos, por supuesto.

Bueno. Alfonso decidió dejarnos hace cinco años. Tan pocos que, en Tomé, la gente creía que había pasado menos tiempo. Aunque no. Exactamente cinco años que se cumplieron el lunes. Recuerdo que la tarde que se ahorcó llovía a cántaros y que en una "escampada" supimos la noticia. Y en este punto tengo que recordar también que fue periodista de oficio. Y como tal, ejerció en diarios, radios y revistas.

En muchos de estos medios figuró en el "equipo fundador" y luego de un tiempo abandonaba sus redacciones. Abruptamente, a veces, porque para él sólo contaba su propia disciplina. Le ocurrió en "Vistazo", el semanario editado por el Partido Comunista para competir con la vieja "Ercilla", y en otras partes. Entonces se refugiaba en los libros que quería terminar. En Chile, y afuera, publicó más de cuarenta. De "El panorama ante nosotros" se escribieron cosas maravillosas que no le quitaron el sueño para nada.

Sus "cambios de ánimo" sí que alteraban los nervios de los que trabajaban a su lado. En la desaparecida radio "El Sur", que nada tenía que ver con este diario, Humberto Duvau-chelle y Julio Sáez Perry leían el informativo del mediodía, elaborado por Alcalde. Eso hasta que una mala tarde, Alfonso entró como una trom-

*• Hace reír con recurso de buena ley, enredando genialmente situaciones. Estirándolas, porque los protagonistas no quieren quedarse solos. Necesitan la comprensión y la ternura de la gente.*



ba al locutorio, prendió un fósforo y quemó las carillas que leía sobriamente el futuro abogado. "Esto se acabó; no hay más noticiario. Los dueños son unos tales por cuales", gritaba Alfonso a micrófono abierto. Humberto - porque él me lo contó, y lo repito sin quitarle ni ponerle una

coma - y su compañero lo escuchaban espantados y sin atinar a nada. Así era nuestro amigo. Impredicible. Y desconcertante, naturalmente.

Cuando Iván Cienfuegos dirigía este diario, Alfonso hizo unas entrevistas excelentes para el suplemento dominical. A menudo "descolocaba" a sus personajes con preguntas demasiado directas. Al mentón casi. Hasta que encontró la "horma" de su zapato en quien menos lo imaginaba. En Daniel Quiroga, musicólogo y director entonces de la radio Universidad de Concepción. "¿No lo acompleja ser chico?", le preguntó Alcalde. "El tamaño es lo de menos -le contestó Quiroga-; lo que importa es como uno "caracolee". Alfonso quedó de una pieza, pero reprodujo textualmente la respuesta. Que, por cierto, causó mucha gracia entre los lectores de EL SUR.

Los cuentos de Alfonso son increíblemente divertidos. Pasan las cosas más extraordinarias y parecen no inventadas. Pocos autores han conseguido eso que tan bien logró Alcalde. Uno se muere de la risa, y de la boca de sus personajes no sale la menor procacidad. Ninguno habla de la "cintura para abajo" ni tiene maneras equívocas. Hace reír con recurso de buena ley, enredando genialmente situaciones. Estirándolas, porque los protagonistas no quieren quedarse solos. Necesitan la comprensión y la ternura de la gente. Alfonso lo sabía mejor que nadie, pero han pasado cinco años y recién ahora entendemos lo que quiso decirnos con sus cuentos. Cuando ya no podemos escucharlo.

Sergio Ramón Fuentealba